

Descubrimiento de los desaparecidos

A 50 años del golpe

Alex Margulis (escritor y periodista)

Director de Ayesha Agencia de Gestión Cultural y Editorial

www.aysha.com.ar

La historia de una revista literaria que tuvo que sortear la censura y el terror entre 1976 y 1983

Charla dada en el

Auditorio del Subsuelo del Anexo A del Congreso de la Nación Argentina

Buenos Aires, 20 de marzo de 2026

Un día de la dictadura un chico de quince años abre un sobre de papel manila en su cuarto del departamento donde vive. Es el 2° “B” de la calle Montevideo 1558 de la ciudad de Buenos Aires, Recoleta. El sobre dice: *El Cuento Casilla de Correo Central 1563. Capital*. Y está fechado 28-1-77. *El cuento*, una revista que ha muerto apenas aparecida.

El departamento de cuatro ambientes en la calle Montevideo tiene un living comedor alfombrado en verde, de paredes rojo ciruela; hay un piano media cola Steinway & Sons que toca, con más exigencia que amor, una mujer divorciada. Ese chico era un precoz periodista y escritor, como dijo Carlos Ulanovsky en un libro emblemático¹.

El sobre se lo dio la escultora Claudia Hodara, prima de Jack, el esposo de la tía Cristina, hermana de Silvio, el padre ausente. Claudia colabora con *El Cuento*, que dirige Alejandro Stilman cuando firmaba Mario. Claudia que le recomienda leer *Otras voces, otros ámbitos* de Capote y *El cazador oculto* de Salinger. Ese chico de quince años soy yo.

Vivo en la Recoleta con mi hermano Sergio y mi mamá Marlen, que trabaja en publicidad. Mi mamá es hija de Samuel (Sioma) Spindler cuya hermana Hebe -cuñada de las famosas Paulina y Berta Singerman- tradujo a Vladimir Lenin al español. Sioma se casó con Dinah Lerner después de trabajar juntos en un local del Partido Comunista Uruguayo.

En el sobre hay currículos y cuentos breves. Uno -*Lucas Torres*, de Gloria Kehoe Wilson, una escritora de origen irlandés, autora de *Pico de Paloma*- narra el misterioso vínculo entre una niña y un -así se decía entonces- “retrasado mental” que dormía las siestas en un féretro. *Interesado por la calidad literaria de su colaboradora*, quiso *ponerse en contacto con ella*².

El que fui Yo en esa época *era un joven inquieto, prospecto de periodista, pero* aún no dirigía la revista literaria *Aysha*. En esos años estuve *interesado por la calidad literaria de mi colaboradora, pero* aún no había ni soñado con *ponerse en contacto con ella...*, como contó Ulanovsky. De hecho, el cuento de Gloria sirvió para fundar la revista.

Desde 1976, en Argentina nunca más será lo mismo pasar al acto de *ponerse en contacto* que pensar hacerlo. En 1977 entrar, estar *en contacto* podía ser tu sentencia de muerte. Lo que sí fue cierto es que el El que fui Yo *se sorprende y se conmueve* con el hallazgo del cuento

¹ Ulanovsky, Carlos. *Paren las rotativas*. Espasa Calpe Argentina. Primera edición. Mayo de 1997, pp 276 y 278. Buenos Aires, Argentina.

² Op.Cit. Lo mismo el resto de citas en cursiva.

que le llegó en el sobre de los materiales de la revista de cuentos que cerró.

El hallazgo se incorpora a La Número 1 literaria que empecé a publicar en mayo de 1978, a los dieciséis años. Tenía catorce y medio el 24 de marzo de 1976 y todavía me acuerdo del extraño comentario que le escuché a una vecina del edificio: “¡Me dolía el dedo mocho, yo sabía que algo bueno iba a pasar!”, oí decir. Yo que ni siquiera sabía lo que era *mocho*.

Dos años, un mes y unas semanas después (no tengo el día exacto), salió el primer ejemplar de Ayesha Literatura. En tapa: *Diálogos entre Borges y Sabato*, de Orlando Barone. Cuentos y poemas inéditos. Un reportaje a Eduardo Gudiño Kieffer. Un dibujo de Pablo Mourier mostraba un arlequín con la cabeza en la mano en una calle ajedrezada e infinita.

La familia colabora en el proyecto: el tío Jack, con un pie de página de su mueblería fina; el abuelo Sioma, con otro de su fábrica que obtiene cobre de la chatarra reciclada; Marlen *viste* la revista con grandes avisos sin cargo de Hiram Walker y Noblex, y aporta uno de su agencia cuyo slogan es “Por la razón o por la fuerza”.

Por mi parte, convengo a la librería de al lado del colegio para publicar una media americana y, para achicar costos, hago un canje con el taller de composición en frío. Unos papás de la cooperadora agregan unos pesos como aportantes visibles o NN. La revista se imprime en 16 hojas de papel celcote ilustración. No recuerdo dónde imprimimos.

Distribuí personalmente 1000 ejemplares en los kioscos de la avenida Corrientes y de algunos subtes. Al tío Pablo, mi tío materno, le admira mi empuje y me lo hace saber. Él me había regalado, para los 15, el *Decamerón* de Boccaccio, un libro blanco de tapas duras que asentó mi vocación literaria solo después de haber buscado como loco las escenas más hot.

Eran días de sórdidas prohibiciones de libros, pero para mí la censura era por el momento una costumbre exclusivamente familiar. Mis abuelos forraban con papel blanco las portadas de los libros que no eran para los chicos. Por supuesto eso se convirtió para mí en una invitación a descubrir porqué. De todos los libros de ese Index, recuerdo uno en particular.

Fue El exorcista, de William Blatty, cuya primera y lúbrica imagen, que no está en la película, se me quedó grabada. La rehago de memoria: una monjita se enfrenta a la alucinada aparición de infinitos penes multiplicados en las paredes de un pasillo. Tal el indicio de la presencia del Maligno, en el inocente convento donde ella ha hecho sus votos de clausura.

Para promocionar el primer número pegué con engrudo junto a Garrido, mi amigo de la primaria al que después dejé de ver, volantes por toda la avenida Corrientes. Los pegué también en las columnas del patio del colegio, aunque con cinta scotch. En la puerta a veces

alguien repartía volantes con fotos de (cito) *Asesinados por la Subversión Apátrida*.

En uno de los volantes del colegio alguien escribió a mano, con birome: *JUDIOS*. En mi casa se practicaba un ateísmo militante y no me di por aludido. Nunca supe quién ni qué pensó quien quiso ofendernos de ese modo. Al Nacional 2 iban los expulsados del sistema y los hijos bien del barrio, como mi hermano Sergio Daniel y yo, Alexander (Alexito) Marcelo.

La convocatoria de la revista atrae a autores inéditos de mayor edad, con intereses literarios sesgados, por ejemplo, por el dilema entre la fe y el materialismo consumista que preocupa a José Pedro Tesone, empleado del Consejo Nacional de Educación, de cincuenta y seis años, que presenta *el meollo* de lo que ha escrito como algo, a su criterio, típicamente existencial.

Trascendentalismo, romanticismo, surrealismo y afanes didácticos conviven en la correspondencia recibida con el interés por colaborar en el proyecto y el puro entusiasmo que la idea en sí convoca. Un lector enviará su aporte junto a una esquila de alguien que, sin conocernos, le recomendó nuestro trabajo. Guardo todavía esas palabras en mayúsculas:

Hay que imitar a esta gente que hace sacrificios personales y silenciosos publicando sus revistas literarias con su propio peculio. Fijate qué cantidad de gente hay en esos menesteres espirituales trabajando subterráneamente, lo que no quiere decir "clandestino". No confundir. Y lo hacen sin provecho material regalando las revistas que producen. En rigor, nosotros buscábamos venderlas, pero más allá de esa idealización el mensaje me emociona hasta el día de hoy. La anónima recomendación termina con un consejo y una referencia directa a mi persona. Dice: ¿Por qué no te comunicás con ellos? Te marqué con rojo la dirección de Margulis. Cuando te conteste háblame de eso.

Durante la para mí inolvidable trayectoria de Ayesha publicamos materiales desdeñados por las decanas literarias *El ornitorrinco* y *El escarabajo de oro*, de Abelardo Castillo, o la *Punto de Vista* de Beatriz Sarlo. Liliana Heker, que trabaja con Castillo, considera peyorativa y un poco crípticamente que revistas como la nuestra son *Revistas Buzón*.

Carlos José Nava, editor de *Noesis* entre 1976 y 1982, me escribió años después: *No nos daban ni la más miserable bola al igual que las superestrellas de rock y otros tantos m ídolos. Y nosotros buscando a la gente que verdaderamente valía la pena y que justamente no se la veía por la televisión, ni se oía en la radio ni se leía en los diarios y revistas.*

En mi estudio todavía guardo biblioratos con los cuentos, poemas, novelas y cartas de esa época, ordenados alfabéticamente; también, las respuestas que le escribía a nuestros lectores

de todo el país, con la Remington de mi abuela Dinah, escritora feminista premiada por Argentores y conductora de TV que tuvo un brote cuando publiqué mi primer libro.

Bueno, yo quería publicar otro cuento de la descendiente de irlandeses Gloria Kehoe Wilson. Entre sus datos no había teléfono, pero junto a los antecedentes relacionados con su primer libro y los de un premio que se ganó en la revista *Para Ti* de la Editorial Atlántida, figuraba una dirección del barrio de Belgrano. Tomé un colectivo y viajé a la aventura.

Fui detrás de algo de valor que nadie tuviera ni podría leer de no ser por nuestro intermedio. En la calle Echeverría me emocionó que la casa de Gloria se llamase como el autor de *El matadero*. En mi primer libro, *Papeles de la mudanza*, de 1988, me figuré a mí mismo suicidándome al grito de: "—¡Primero degollarme que desnudarme, infame canalla!"

Imaginé que la escritora me haría pasar, que me invitaría un cafecito. Pero cuando llegué al edificio de departamentos y toqué el timbre no respondieron. Volví a hacerlo varias veces. Al final, el portero se asomó a preguntar a quién estaba buscando. Le dije el nombre de la escritora, el piso. "Se mudaron", dijo el portero con cara de miedo.

Creí compensar la ausencia de esos cuentos nuevos con la publicación de unos manuscritos inéditos de Ricardo Güiraldes que encontré en la librería del anticuario Ovalle, que estaba a la vuelta del colegio. Publiqué una charla con Mirta Arlt y un editorial: *¿Se puede saber quién nos lee?* Y un reportaje al escritor revelación del momento, Jorge Asís.

Asís era un autor con bigotazos de treinta y dos años y raíces turcas. Ha sido destacado como el *escritor joven más promisorio* en una encuesta que publicó el diario *La Opinión*. Lo votaron, entre otros, el mismísimo Borges. Asís hablaba con voz de barítono. No me cayó bien. Pero quedé impresionado por su desmesurada confianza en sí mismo.

El reportaje cayó mal, remal, pésimo por motivos que nunca me explicaron. El rector Abelardo Arias Balloffet, que era muy bonachón, me llamó a la rectoría. Tímido, con una autoridad que ejecutaba sin ejercer (el colegio había sido intervenido por la dictadura), lamentó decirme que no tendría más su apoyo institucional, ni el de la asociación cooperadora.

Prudentemente, transferimos la hasta ese momento titularidad de la propiedad intelectual de la revista. Así pasó de manos del rector a mi hermano que, aunque ya era mayor de edad, no sentía la misma pasión por la literatura. E. J. M., de Haedo, nos escribió diciendo que desearía ayudar, colaborar en todo lo posible con nosotros. Y como él, cientos.

Así el buzón se convirtió en un espacio de pertenencia y de expresión, alternativo.

En el número siguiente publiqué un reportaje al hermano del rector, un mendocino pionero de la literatura queer que firmaba Abelardo Arias; más inéditos de Güiraldes, una charla con Ramón Plaza, publicista y escritor; una autobiografía de Belgrano, resumida por Fernando Citadini; poemas de Gonzalez Hueso, Gugliermetti, Whitman y Eugene Jebeleanu.

En Ayesha 1 publiqué los dibujos del chico de rulos que era Guillermo Kuitca, que se sentaba con Fabián Lebenglik del lado izquierdo del aula. El primero de todos fue el de un león, para un relato de José Luis Constanzo. El nombre de la revista aludía a una sacerdotisa de Isis de belleza eterna, personaje de la saga del inglés H. R. Haggard.

Kuitca ya era famoso entre las profesoras, cosa que yo no sabía. Algún alumno se salvó de llevarse francés diciéndole a la Pisani que había ido a la primera muestra de Guillermo en la Galería Lirolay. Esos primeros dibujos públicos, de un puntillismo precoz hecho con birome negra, representan figuras de un surrealismo potente, lírico y estremecedor.

Del lado derecho del aula se sentaba Julio Peña, mi amigo que diseñó un ingenuo y bello isotipo y con quien hice los primeros reportajes literarios de mi vida. Yo estaba sentado en el centro, acompañando a un chico repetidor, Ruibal, con quien nadie quería juntarse debido a su halitosis y una discapacidad intelectual que no sé si alguna vez le fue diagnosticada.

Quien leerá conmigo los materiales que irán llegando cada vez en mayor cantidad será Guillermo. En lápiz, para no dañar las hojas, marcamos cada cuento, ensayo o poesía de una manera singular. No es que nos reunamos demasiado ni que hayamos formado una redacción ni un grupo. Pero compartimos lecturas y trazamos una línea editorial.

Un signo algebraico de menos o un NO para lo impublicable. Un signo de medio $\frac{1}{2}$ y uno de + para lo que quizás y lo que SI. Si nos gustó mucho el + se duplica y, muy rara vez, llega a triplicarse. No utilizamos ese criterio para los contenidos periodísticos como la nota de tapa o los artículos. De esos me ocupo exclusivamente yo. Igual, concordaremos siempre.

Mientras tanto, el clima externo se asoma, ominoso, en mi casa. Un amigo del novio de mamá aparece un día para hablar con mi hermano y conmigo. Supongo hoy que, para protegernos, ese novio al que yo quería mucho buscó tranquilizar a mamá verificando que no anduviéramos en nada raro. De grande sabré que el visitante trabajaba para la SIDE.

No sé qué dijo mi hermano porque el tipo nos interrogó por separado. La última de mis preguntas (solo ésa recuerdo) fue cuál es la diferencia entre izquierda y derecha. Giré en el banquito del piano. Evoqué el capítulo de la revolución francesa según el Manual de Historia Moderna y Contemporánea de J. C. Ibáñez. Respondí como quien da una lección.

Izquierda, los partidarios de la Asamblea; derecha, los del rey. Y me volví a la pieza.

Para el número 4, la revista abandona las tapas con fondo blanco y figurines hechos con plumín por Pablo Mourier, y surge una imagen que no elude la alusión al horror vacui utilizando el gris como color de fondo. Es del joven Kuitca, que vive sobre la avenida Pueyrredón con vista a la parte de atrás del cementerio de la Recoleta.

En mi acervo guardo todavía un hermoso y sombrío cuadro que me regaló en esos días. Se llama *Material didáctico* (técnica mixta, 1978). Vi cuando lo pintó en el lavadero de su casa, tomando las figuras rectilíneas y las cruces del cementerio como referencia. Entre trazo y trazo ahí aparece la estructura de lo que serán sus famosas camitas.

En noviembre de 1978 la dictadura prohíbe, entre otros, un libro de Mario Vargas Llosa titulado *La tía Julia y el escribidor*, y uno de Alvaro Yunque, *Nuestros muchachos*; se acusa a ambos libros de haber atentado contra el ser nacional. En los fundamentos del decreto de prohibición se aducen las razones para prohibir ambas obras.

La obra de Vargas Llosa (cito) *revela en su contenido distorsiones e intencionalidad, así como reiteradas ofensas a la familia, la religión, las instituciones armadas, y a los principios morales y éticos que sustentan la estructura espiritual e institucional de las sociedades hispanoamericanas y, dentro de éstas, a nuestra Nación* (fin de cita).

Con respecto a Yunque, en el mismo decreto del Poder Ejecutivo se dice que de su análisis (cito) *surge una postura que no se compadece con los objetivos básicos fijados por la Junta Militar en el Acta del 24 de marzo de 1976, tales como el de restablecer la vigencia de los valores de la moral cristiana, de la tradición nacional y de la dignidad del ser argentino.*

Anuncio en el editorial de diciembre de 1978 una próxima nota sobre las prohibiciones. Esas y todas las demás. Durante el verano de 1979 preparo la investigación para dársela a mi diseñador, un chico más grande llamado Roberto Bonel que conocí en una revista donde había conseguido un empleo. Bonel compone a mano, con trincheta, suprabond y letraset.

Estoy orgulloso de la investigación que logré. Es algo que amerita ser conocido por todos. Una barbaridad indignante y ridículamente estúpida como suelen serlo siempre las decisiones de los censores, en los tiempos que sean. Lo escondido, como la verdad, siempre tiene un acicate: tarde o temprano aparece si se tiene el mapa adecuado.

Así el artículo llega a estar diagramado, puesto en caja y listo para imprimir. *¿Quién fue la persona encargada de determinar estos hechos? ¿Cuál es el organismo encargado de*

determinar qué libros prohibir o no? ¿En qué se basan? ¿Cómo lo hacen...?, recapitulé citando los comentarios críticos que recibió la censura a lo largo de la Historia.

Ese mismo verano conozco a un joven de Quilmes que se llama Silvio, como mi papá que vive en otro país. Desde junio de 1977 Silvio Winderbaum dirige *Propuesta para la Juventud* junto a una docena de colaboradores jóvenes. Militan en el PST (Partido Socialista de los Trabajadores). Me fascina conocerlo. Como yo, busca ampliar su radio de acción.

Se nos ocurre entonces algo. Si todas las revistas como las nuestras se unieran para resolver algunas cuestiones, como por ejemplo vender juntos, en una misma red de periodismo *underground*, todos vamos a salir beneficiados. Convocamos a una reunión de editores en el sótano de una librería de la avenida Corrientes, La casona de Iván Grondona.

El jueves 8 de febrero de 1979, el periodista José Pepe Arverás publica una nota a página entera en la sección de Información General del diario Clarín. Se titula *La prensa subterránea. Unas sesenta publicaciones circulan en Buenos Aires*, y ahí menciona a las otras veintisiete revistas literarias, de música y cultura que fuimos parte de esa reunión arriesgada y cándida.

Son sus títulos *Celeste, Medios y Comunicación, Decateatro, Ulyses, Contexto, Voz de viento, Ronda Literaria, Merlina, Poesías y poetas, Rumbo fijo, Cauces, Lugar, Etcétera, Oeste, Fígaro, Nudos, Econauta, Periscopio, Basta, Puro Cuento, Enigmas, Estudios Argentinos, Nova Arte, Tiempos, Azul, Vida y Nuevas Voces*. Pensé, con los años, que esa rara visibilidad nos salvó la vida.

Así nos describe Pepe Arverás: *Títulos ingenuos, pretenciosos, agresivos, sugerentes, esperanzados, vagos, culteranos, enfáticos, vastos, resonantes que son, siempre, una expresión real de una edad de germinación y crecimiento*. En la tenue foto del diario se me ve en el centro, de chomba, combado de espaldas, como todos en la familia paterna.

Y ahora me acuerdo lo que hice para conseguir esa nota. Había ido unas semanas antes hasta el diario sobre la calle Tacuarí llevando los datos de la reunión. Los ofrecí en la sección de Arverás pensando que si se publicaban íbamos a tener más convocatoria. No pensaba que, además de anunciarla, el periodista iba a ir a contar lo que sucedió.

En esos días voy de visita al flamante taller de Guillermo, en la calle Larrea. Lo ayudé con la mudanza y ahora lo encuentro escribiendo obsesivamente números en un lienzo con una caligrafía minúscula pero legible, de cerca. Entre los números (serán 30.000) figuran parientes suyos. También Lebenglik. Siento celos. ¿Por qué no me incluyó?

Unas noches más tarde, parado yo junto a la mesa satinada en negro del comedor de casa conversamos largamente por teléfono. Me da rabia ceder, pero acepto suspender el artículo porque es peligroso publicarlo. En ese primer acto de autocensura inducida, la dictadura

fraguó mis inicios profesionales. Para sobrevivir, había que aprender a callar.

Desde marzo de 1979 las tapas de Ayesha se imprimen con brillosos fondos negros, con figuras mínimas apenas sugeridas. Quien cambió lúcidamente la impronta es el artista prodigio. Los originales con los textos y los dibujos se convertirán en películas que se harán negativos que se harán chapas que se harán papel impreso. Editar sigue siendo una felicidad.

En reemplazo de la nota sobre Vargas Llosa publiqué una charla con Vinicius de Moraes. Me lo crucé en la casa de la periodista Helena Goñi. Los otros titulares son *Poesía española, después de la guerra civil; Simone de Beauvoir, Oscar Wilde (la tragedia de su vida), El Principito* y más *Cuentos y poemas*. Los nuevos contenidos me dejan satisfecho pese a la autocensura.

Yo pendex, dice una de mis múltiples carpetas de color borravino. Ahí guardo buena parte de los antiguos originales. Encontré ahí las letraset secas con el viejo título -bold, con serif donde se leía: *LA PROHIBICION....* Las recorté de la tira de composición en frío y las pegué como un mensaje cifrado hacia mi propio futuro, este presente, este recordatorio.

No hay ningún otro artículo, pero sí casetes con reportajes. El de Jorge Asís: en el Philips, que dura 90'. Otros dos, en un Basf: Gudiño Kieffer, 13/9/77: 90' y Silvina Bullrich, 9/9/77, 120'. Firmados por mí y por Julio Peña. También encontré un cuento mío inédito: sobre torturas a monjes y monjitas abusados en franciscanos conventos de clausura.

Y sin buscar, al rato, veo lo que estuvo armado y quedó listo para publicar. Tres tiras de texto con los nombres que nunca llegaron a la página impresa: D. H. Lawrence, James Joyce, Oscar Wilde, Thomas Mann, Henry Miller, Honorato de Balzac... Y también una serie de ironías en inglés publicadas por James Neilson en el *Buenos Aires Herald*.

Y ahí, las supuestas ofensas que deberían haber sido (cito) *mayores o por lo menos comparables a las que aparecen por ejemplo en las obras de Shakespeare*; las burlas a militares cuando (cito) *los poemas y novelas derivados de la I y la II Guerra Mundial daban por sentado que los soldados eran todos estúpidos, crueles o ambas cosas a la vez...*

También hay la transcripción de una carta del entonces Ministro del Interior, General Albano Harguindeguy con 29 extractos del libro prohibido y el pedido de su publicación destinada a (cito) *los lectores de habla inglesa 'privados' de 'un elemento fundamental para formarse una opinión del acto de gobierno que fue decidido por esos contenidos'*.

Y de pronto, una carta mía delirante. En pleno terror de 1979, le escribí al general Harguindeguy firmando con mi nombre y apellido, dando dirección y número de documento de identidad. ¿Por qué hice semejante cosa? Para pedirle formalmente

autorización para entrevistar a la Comisión de Moralidad que gestó las prohibiciones.

Ese verano viajé con mis amigos no literatos del colegio a Brasil. Encontré una Play Boy con otras cartas que devoré, extasiado. De vuelta en Buenos Aires se las di a traducir a Robertito Bonel, que sabía el idioma. Serán la nota de tapa del número 6, que saldrá con un Kuitca atípico que representa a una mujer desnuda sin piernas, brazos ni cabeza.

Así en Argentina se leen las *Cartas eróticas de James Joyce*. Va también en el 6 la parte II del artículo de Horacio Sacco sobre *Poesía española bajo el signo del franquismo* y un mensaje a los poetas de Cortázar y Merton. Van versos de Horacio Pérez del Cerro, de Esteban Moore, de Alberto Extrenera, de Susana Chevasco, de Victor Redondo y de poetas patagónicos.

También cuentos de Fabian Ygounet, Raúl Miguel (seudónimo de Raúl Becce), de un tal Cobo, de Pedro Gimferrer, de Manuel Vázquez Montalbán. Escribo sobre Rimbaud a los 16, publico un fragmento de su *Carta del vidente* y asocio mi firma a la de él. Entre los autores con trabajos que no entran figura otro vidente: un quinceañero Leopoldo Brizuela.

Poco después alguien recorre los kioscos exigiendo que esa revista esté embolsada como la Play Boy que me traje de Brasil. Cuando comento esto en casa mi mamá me transmite sus temores. Otra vez el temor, el terror de la época que perdurará en todos mis futuros renuncios. Si antes sentí rabia, esta vez la inquietud me paraliza.

Para el 6 de setiembre de 1979 se anuncia la llegada al país de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH). En casa de mamá, ese es un tema silenciado. Lejos aún de la noción de terrorismo de Estado, la palabra terrorismo corresponde exclusivamente al que mencionaban los volantes anónimos en la puerta del colegio: la Subversión Apátrida.

La atroz sapiencia a la que fueron consagrados el miedo y la parálisis colectiva me recuerdan muchos de los cuentos y poemas que publicamos en la revista sin pretender dar mensajes de denuncia. Pero la literatura, cuando responde a su propia dinámica, no funciona con la lógica del periodismo. El arte no se puede censurar cuando lo que lo comanda es la búsqueda de su propio y único sentido.

A página gigante en el diario *Clarín* aparece una larga lista de nombres, y un título que alude a las personas que no podrán ir a dar su testimonio ante los veedores internacionales. Sin saber bien porqué, leo esa enumeración con esmero. Busco sin saber qué estoy buscando. Y entre los nombres que nada me dicen encuentro el de la escritora irlandesa.

Ese día descubro que los desaparecidos existen.

En 1980, publicamos el número 7 de la revista. *Por qué cierra Ayesha* es el título principal. También: *Poesía chicana norteamericana* y una entrevista a *María Elena Walsh: ¿Diablo estás?* Junto a Guillermo escribimos el editorial de despedida: *La revista no sale más. Salgan ustedes*. Eso pedimos. La tapa es dividida en dos franjas (Roja y Negra), como una bandera.

Deja de salir también, poco después, *Propuesta para la juventud*, que logró llegar al número 22. Y sale también, pero a la luz, el informe final de la CIDH. Después de recorrer cuarteles y cárceles clandestinas el organismo americano constata, para el mundo entero y para la historia universal, la inescrutable crueldad de la dictadura militar argentina.

...

Quiero por último comentar algo aparentemente sin relación que leí hace una semana sobre Henri Matisse y un cuadro de Cezanne. Matisse tuvo en su poder durante treinta y siete años *Trois baigneuses (Tres bañistas)*, un pequeño lienzo que compró hacia 1899. Sobre esa pintura escribió algo muy lindo cuando finalmente se desprendió de ella:

Me ha sostenido moralmente en momentos críticos de mi aventura artística; fortaleció mi fe y mi esperanza³. (...) Seguramente la hubiera podido vender, pero me mantuve firme y la conservé. Hay que mantenerse firme cueste lo que costare. Que se pueda o no, hay que mantenerse firme: es lo esencial. A falta de voluntad, recurramos a la obstinación ése es el truco. Para las grandes, o pequeñas cosas, con eso basta, casi siempre⁴.

Se habrán dado cuenta de que al leer esas líneas pensé en el cuadro *Material didáctico*, de Kuitca, que todavía conservo, cuarenta y ocho años después. Y junto con él, todavía, el recuerdo de las viejas Ayesha. No me parece exageración decir que el amor a la democracia y al arte, entendidos ambos como formas de una buena literatura, es lo que nos va a salvar.



³ Carta a Raymond Escholier. Publicada por éste en Henri Matisse, Paris, Librería Floury, 1937.

⁴ Carco, 1953. Ambas citas tomadas de Reflexiones sobre el arte, Henri Matisse. Emecé Editores, Buenos Aires, 2000.



"Material didáctico". Técnica mixta. Guillermo Kuitca, 1978. 80 x 60 cm. Colección Alex Margulis.